

EL NIÑO

REVISTA MÉDICO-SOCIAL

DIRECTOR

Dr. Bartolomé Gómez Plana

COLABORADORES:

EXCMO. SR. D. LUÍS DE LUNA,
Juez de Instrucción.

ILMO. SR. D. SEBASTIÁN MARTÍNEZ
DE PINILLOS, Jurisconsulto.

SR. D. MANUEL GUERRERO,
Catedrático de Filosofía.

SR. D. FILEMÓN BLÁZQUEZ,
Inspector de 1.ª Enseñanza.

DR. D. SERVANDO A. DE DIOS,
Publicista.

D. JOSÉ M. PÉREZ SARMIENTO,
Cónsul de Colombia.

DR. D. JUAN REINA Y CASTRILLÓN,
Médico de la Benefic. Municipal.

D. ENRIQUE MIRANDA Y SÁNCHEZ,
Alumno de Medicina.

CORRESPONDENCIA: SAGASTA, 12.

SUMARIO

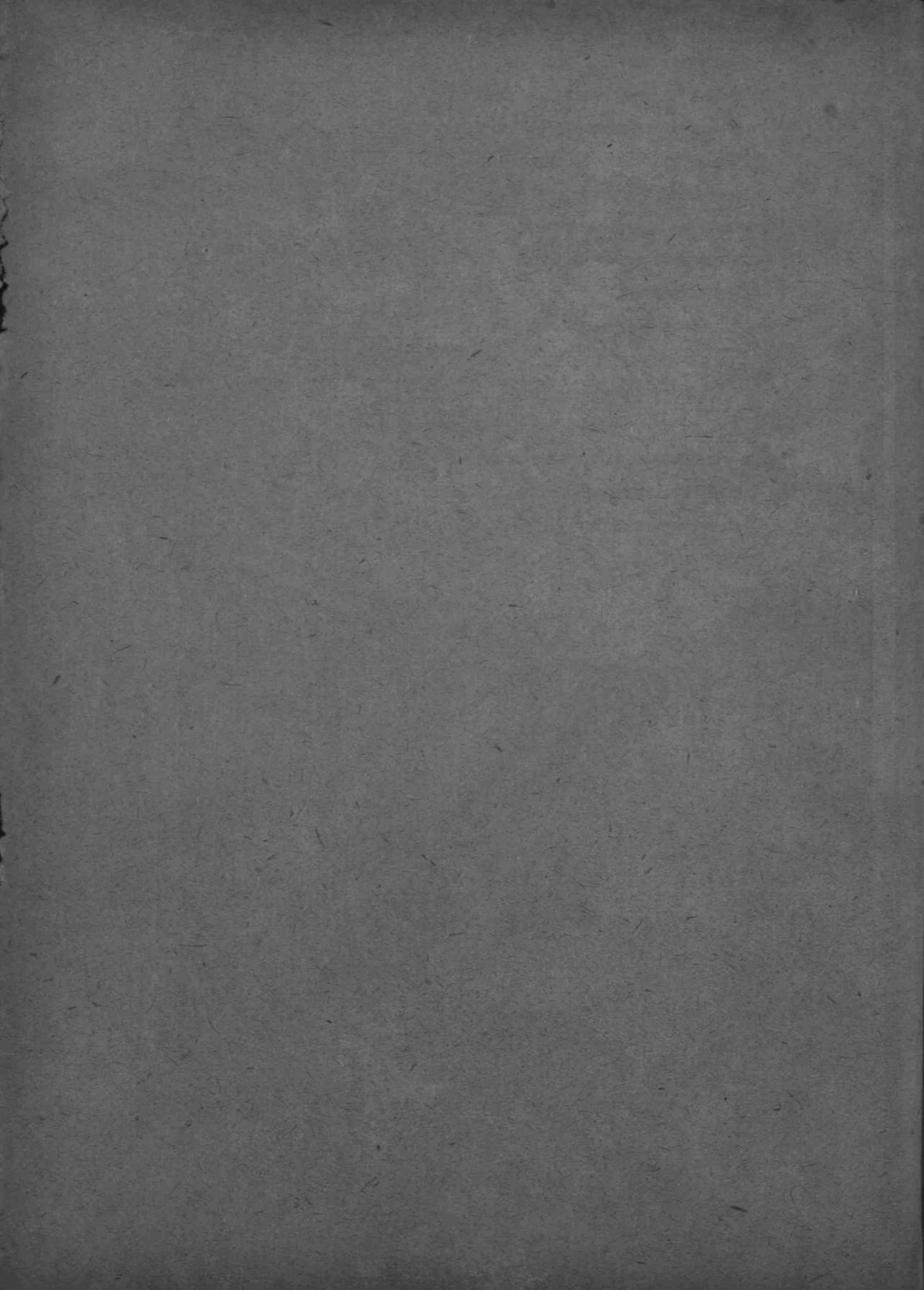
Fábulas para EL NIÑO: El diamante y el carbón, Luís de Luna.—*El Dispensario antituberculoso*, Bartolomé Gómez Plana.—*El alcoholismo (conclusión)*, Doctor Opisso.—*Contra la moda y en pro de la mujer*, Vicente Medina.—*Gimnasia para niñas*, H. Spitzky.—*Las pasiones en la infancia*, M. Fernández y Fernández.—*Principales causas que dificultan la mejora de la raza*, Doctor Julio Mariano Larruy.

SUSCRIPCIÓN

En Cádiz: Un mes 0'75 ptas.
Fuera : Trimestre 3

PAGO MENSUAL.

Año II. Cádiz: Agosto de 1922 N.º 17



EL NIÑO
REVISTA MÉDICO-SOCIAL
DIRECTOR
DR. BARTOLOMÉ GÓMEZ PLANA
PUBLICACIÓN MENSUAL

Año II

Cádiz: Agosto de 1922

Núm. 17



Niño de cuatro meses

Fábulas para «EL NIÑO»

El diamante y el carbón

— Me tizna tu contacto;
 tu presencia me humilla,
 ¿Tú te llamas hermano?
 Será por lo que brilla
 tu rugosa corteza.
 ¿En algo eres igual?
 Yo soy del poderoso
 símbolo de grandeza
 y tú eres del humilde
 esclavo mineral.

Así decía un diamante
 rodeado de oro
 a un trozo de lignito
 que se atrevió a hablar.
 — Lo haces como los hombres
 oh, venturoso hermano
 que llegan a encumbrarse
 y no saben amar.
 Lo haces como los hombres
 sin ideal cristiano
 que olvidaron su origen
 y olvidan su final.
 Tú, quieras o no quieras
 de carbono estás hecho
 y a carbón te reduces
 en la hora fatal,
 que aplican a tu cuerpo
 soberbio y endiosado
 los medios que demuestran
 tu origen e igualdad.

Así contestó, dicen,
 el lignito al diamante:
 y así contestarán
 los pobres a los ricos
 que se olvidan del santo
 e igualitario lema
 de la fraternidad.

LUÍS DE LUNA

El Dispensario antituberculoso

Por R. O. del mes próximo pasado, se autoriza la construcción de un Dispensario antituberculoso, al lado de la barriada obrera, en los glaciés inmediatos al paseo de Ana Villa.

La construcción de ese Dispensario, envuelve a mi corto entender, un riesgo sanitario que debe evitarse; riesgo grave, que en determinadas ocasiones puede contribuir a la extensión del mal, del que desgraciadamente podemos afirmar somos los usufructuarios de un triste privilegio.

El Dispensario, es bueno; un Dispensario que merezca ese nombre, como los pocos que en España poseemos; grande, bien dotado, con personal especializado, bien retribuido, y dedicado a la curación del terrible mal; lo que significa un gran capital, si se han de hacer las cosas bien hechas, para casa, material, personal, alimentación, etc., etc., etc. Otra cosa, sobre resultar siempre costosa, sería de nimios e incompletos resultados.

Es, pues, el sitio y el coste, mas otras consideraciones, lo que hace el proyecto erróneo.

Ciertamente, la idea es loable, y merece toda suerte de elogios el celo que en pro de la salvadora Institución tiene la respetable Junta de Damas de la entidad contra la tuberculosis; pero el asunto es de tal transcendencia, que bien merece tener todas las garantías posibles, que por ser técnicas, no pertenecen a los bienhechores aludidos.

Es regla general, que los edificios destinados al tratamiento de los enfermos deben estar en lo posible, lo más alejado de las poblaciones.

El sitio mencionado para Dispensario, aun teniendo la más restrictiva aplicación y precauciones, ha de ser siempre, precisamente, un local donde se reúnan y traten un grupo de tuberculosos.

¿Y qué sitio es ese?

El natural enlace, ya convertido en realidad, entre el Cádiz presente y el futuro; el cruce entre el barrio de Santa María, tan antihigiénico, tan mortífero, tan abandonado, y los antiguos Extramuros, tiene al lado *al lado* una barriada obrera, que solo nuestra incuria, ha hecho que no se aumente: está inmediato a un verdadero sanatorio que no es para enfermos, sino profiláctico; y aunque se quiera dar ese nombre al proyectado, es lo cierto, que allí se tratarán *enfermos tuberculosos*; está próximo al barrio de San Severiano, que es sitio de recreo, de salud y vecino de un centro de trabajo como es el Astillero y de otras industrias; está en la misma vía de tránsito del público, para pasear, baños, viajes, transporte por tranvías, coches etc., está realmente, *dentro de Cádiz*, por estar ya urbanizada esa zona; está en el sitio más elevado de Cádiz, expuesto a todos los vientos, lo que no es favorable para estancias de enfermos de pecho; puede verse a

este respecto, lo que dice Bassols y Prim en un trabajo premiado, sobre «Climatoterapia en el tratamiento de la tuberculosis pulmonar».

En ese sitio se puede hacer un bien inmenso a Cádiz, bajo el punto de vista general higiénico y bajo el importantísimo de la lucha antituberculosa.

Yo creo que es un mal sitio para hospital o dispensario y en cambio excelente para la profilaxis antituberculosa de los que están buenos pero predispuestos a ese mal, o sufran anemia, linfatismo, hipotrofia, padecimientos debidos a malas condiciones de locales habitados.

Tengo por seguro que se salvarán más personas de la tuberculosis, construyendo viviendas higiénicas baratas como las del barrio obreros u otras más perfeccionadas, que curando unos cuantos enfermos, a fuerza de inyecciones, medicamentos, curas de sol, alimentación etc., que en otros sitios más apropiado pueden aplicárseles.

¿No espanta ese barrio de Santa María? ¿Qué se hace por su higiene? ¿Qué se hace por sus miserables y repugnantes viviendas? ¿Qué se procura en beneficio de la salud y vida de sus habitantes?

La construcción de casas baratas en los glaciares, traería automáticamente una *descongestión de miseria* en el barrio más populoso y descuidado de Cádiz: y los niños, los pobres niños, los niños por quienes principalmente escribo estas deshilvanadas líneas, los niños donde infinidad de veces tiene su origen esa tuberculosis que tantos jóvenes mata y que pagan un tributo horrible a la muerte por tuberculosis, encontrarían en ese sitio despejado, alto, lleno de sol, lindante con dos mares, saturado de radiaciones y emanaciones salutíferas, el fortalecimiento, la riqueza de glóbulos sanguíneos, la alegría de vivir, y no le convertirían en escoria social, en fuente de gastos inútiles, en manantial inagotable de lágrimas para los padres y ruina de toda esperanza.

La respetable Junta de Damas, hará más bien evitando que muchos seres humanos sean y mueran tuberculosos, que tratando de curar (muchas veces problemáticamente) a unos pocos, que tienen todos los derechos a ser salvados, pero en mejores condiciones y sin perjuicio mediato o inmediato para los demás.

Este asunto tan transcendental, es para resuelto con la más amplia base científica: ahí está el Cuerpo Médico Municipal que debe ser la vanguardia de la salud, ya que sobre su probada competencia, es quien lucha a diario con todos los horrores del mal; ahí están el Dr. Urtubey, autoridad de primera magnitud por su saber, su historia y su cargo oficial, y el especialista Dr. M. Bernal; está también la R. Academia de Medicina, el Colegio médico: y con una amplia información, rápida, clara, decisiva, resolver si debe hacerse el Dispensario donde se proyecta o en la Cortadura; o en vez de eso, fomentar instituciones antituberculosas como las ya indicadas, o jardines para la infancia o escuelas al aire libre, o centros de ejercicios y juegos públicos; todo esto, es, creo, más económico y útil, que levantar un edificio, sostener un personal, costear medicamentos, aparatos, material delicado y tener bien dotado un servicio *especial y continuo*, sin el que lo demás sirve poco o produce perjuicios.

La opinión nueva (que no es nueva) de que el contagio es ilusorio, se destruye por la evidencia de la transmisibilidad, de los experimentos indiscutibles de la

boratorio y por la falta de educación técnica del vulgo, con la que en unos cuantos años cuando menos, no se puede contar.

Nada espero del resultado de mi opinión personal, como siempre: pero me creo obligado a darla, porque entiendo lealmente, que el Dispensario antituberculoso en el sitio elegido, es perjudicial, peligroso, opuesto a mejores medidas para la salud pública, y sin las condiciones exigidas para obtener profilaxis ni curación grande, completa, ni eficaz.

BARTOLOMÉ GÓMEZ PLANA

El alcoholismo

(Conclusión)

Un distinguido economista italiano, el Sr. Gufanti, ha estudiado profundamente la manera de armonizar los intereses de los viticultores con los fueros de la salud, y ha propuesto los siguientes medios:

- 1.º Fomentar la exportación de la uva de mesa.
- 2.º Fundar almacenes frigoríficos para la conservación, durante meses, de las uvas.
- 3.º Secar la mayor cantidad posible de uva para expenderla en estado seco, con lo cual podría conservarse sin alteración un año entero.
- 4.º Concentrar grandes cantidades de mosto, esterilizarlo durante la operación de la pisa o prensado y aprovechar las ventajas de la refrigeración.
- 5.º Refinar esos mostos concentrados para extraer de ellos la glucosa.
- 6.º Extraer de las heces el ácido tartárico y el tanino que contienen.
- 7.º Extraer de las heces del vino tinto la enocianina.

Advirtamos que las uvas de nuestros países meridionales dan 50 kilos de glucosa o de mosto concentrado por quintal.

«El mosto concentrado de la uva bien madura,—dice el citado autor,—diluido en agua fresca, en el verano, es, como no se ignora, la bebida por excelencia. No hay brebaje más propio para apagar la sed; es superior a todos los jarabes y los sustituye ventajosamente, tanto por lo que hace a la higiene como en lo que se refiere al sabor. Por otra parte, el azúcar extraído de la uva no cede en bondad al de la remolacha; en la pastelería y en la fabricación de ciertas conservas lo reemplaza con evidentes ventajas.»

Otros han propuesto que se procurara generalizar el uso del arrope; al fin y al cabo éste es un alimento de agradable sabor y barato, que puede arreglarse con trozos de higo, manzana o melón y resultar una excelente confitura.

No resulta, pues, exacto que la lucha contra el alcohol implique la ruina de los viticultores, como han pretendido algunos.

Sea como fuere, gracias a los progresos de la civilización van desapareciendo aquellas borracheras en masa con que en otros siglos se solemnizaban en el extranjero ciertas fiestas oficiales, poniendo a disposición del pueblo grandes tinajas llenas de vino, o bien haciendo correr arroyos del mismo líquido.

Aun, sin embargo, hay alguna ciudad castellana en la cual, con el nombre de *sanjuanada*, se celebra la verbena de San Juan bebiendo sin tasa ni medida y *obsequiando* con grandes jeringazos de *clarete* a los amigos, hasta dejarlos hechos una sopa... de vino.

Aparte de los efectos anteriormente dichos, obra el alcohol determinando numerosas enfermedades que a primera vista no se creería fuesen debidas al mismo, pues suelen ser ocasionadas por el simple uso del vino: no pocas veces, si se buscan bien, podrían atribuirse al sencillo uso del *vino de mesa* ciertas inexplicables alteraciones de carácter, especialmente en mujeres que parecen ofrecer dos distintas naturalezas, según se las trate antes o después de haber comido. El veneno en este caso obra insidiosamente, pero con toda seguridad, agriando el humor, provocando incoercible tendencia a disputas y desagradables escenas, para desaparecer luego.

Esta causa desconocida o no sospechada por los esposos, hijos, amigos y médicos, merece ser tenida en cuenta, aun tratándose de señoras pertenecientes a las más elevadas clases sociales, víctimas inocentes de una intoxicación alcohólica diaria que, a la larga, y por la fuerza del hábito, acaba por hacerse permanente.

Damos, por lo tanto, la voz de alerta a cerca de ese efecto, generalmente inadvertido, que podrá explicar las alteraciones de carácter que, con la mayor facilidad, podrían atribuirse al histerismo.

Sea como fuere, no es menos lamentable que el alcoholismo agudo o crónico, ese otro alcoholismo *larvado*, que perturba la paz de las familias, sin rebasar jamás los límites de una aparente conservación de la sanidad de la mente. No es la *alegría efímera y excitante* del champagne, sino al revés; una especie de manía agresiva, de igual carácter que la intoxicación amílica, aunque en menor grado.

Fuera de esto, se ha visto que el uso inocente del vino de mejor clase puede determinar alteraciones del hígado, especialmente la *cirrosis*, y a buen seguro que no pocos padecimientos diagnosticados de *dispepsias* y *gastralgias* no reconocen otro origen que los efectos del vino en el órgano hepático, por más que el médico esté muy lejos de creer, tratándose de determinadas personas, y sobre todo del bello sexo, que haya podido reconocer tal causa el padecimiento

DR. OPISSO

Contra la moda y en pro de la mujer

(En defensa de las futuras madres de familia)

La Junta «Acción Católica de la Mujer», de Oviedo, ha elevado una exposición a la reina de España, demandando su cooperación para poner dique a los excesos de la moda.

Las mujeres prostituídas, en su mayoría, lo son por el lujo; las menos lo son por el hambre. Combatir el lujo, es combatir la prostitución.

En todo hay modas; la mayoría humana apoya el supuesto origen del mono, por lo dada que es a la imitación.

Todo nos parece justificable si es que está de moda. Haciendo lo que hacen los demás, todo está bien hecho.

No se reduce la cosa a la inocente manía de la moda en el vestir. La moda lo mismo abarca los vestidos extravagantes de las mujeres que se visten para lucir su desnudez, que abarca tendencias de moda en arte y en religión y en política y en moral. Por cierto que la llamada moral de moda, es de lo más inmoral que darse puede.

Antes a las mujeres les parecía feo enseñar las piernas; hoy les parece feo no enseñarlas...

Es muy de moda y muy chic que una muchacha no sea sentimental y que hable con desprecio del matrimonio...

Es cursi tener novio y, sobre todo, estar enamorada...

En cambio está muy bien el fumar y el revolcarse en la playa en traje de malla entre los hombres, luciendo la pierna desnuda hasta el muslo...

Las mujeres que son así hablan mucho del divorcio... Es claro que para esta clase de mujeres a la moda, es una cosa muy necesaria el divorcio: cuanto más fácil sea el divorcio, más podrán casarse sin ser unas cursis de esas que se enamoran de verdad, y más podrán, con una malla bien clarita, revolcarse en la playa...

Y por eso el divorcio es también una cosa de moda. A los legisladores les deleita eso. No se debatirán—mucho—leyes de enseñanza, leyes de urbanización y ornato de pueblos y ciudades, leyes de higiene y de asistencia pública, leyes contra los latifundios, leyes contra el capital estéril, leyes contra todo holgazán alto y bajo, leyes de arbolado, leyes de jardines y caminos públicos, leyes eficaces de enseñanza obligatoria y de efectivas y provechosas escuelas de artes y de industrias... No se debatirán—mucho—leyes de protección verdadera al hogar

honrado, al trabajador laborioso y sin vicios, de garantías para la mujer débil, de amparo a los niños, de protección a la maternidad... Todo eso son idealismos, sensiblerías... El divorcio sí; el divorcio es una cosa seria... de la que actualmente se ocupan en todas partes... Es decir: el divorcio es una cosa que está de moda.

Y es lo mismo que decir que está de moda, el decir que hay que dar facilidades legales para la destrucción del hogar.

Y yo os quiero decir que no hay nada tan sano ni tan necesario para la vida y para el bien del mundo, como esa cosa que ya no está de moda y que se llama el hogar.

Y contra el hogar van todas las modas: las de los vestidos caros no reformables y distintos para cada estación, y las modas perversas que ridiculizan lo honesto, lo laborioso y lo sentimental, y que patrocinan, a título de buen gusto, la depravación y la licencia.

Se habla mucho de feminismo; pero se entiende muy mal. Hasta el punto de imaginarse—claro que ligeramente—que una mujer feminista—sufrajista—es una mujer-mamarracho.

Yo no entiendo el feminismo a la manera vulgar, ni menos la mujer feminista.

El feminismo debe ser, a mi entender, la intelectualidad femenina, guiando al mundo femenino a su emancipación y dignificación.

También vulgarmente se entiende por feminismo, rivalidad de la mujer al hombre, o emancipación de la mujer prescindiendo del hombre o competencia con el hombre.

A mí me parece absurdo todo eso: a mí me parece absurdo todo feminismo que no tienda a unir amorosamente a la mujer con el hombre, para el bien y contento de la vida.

Me parecería bien un feminismo que por el sufragio legal (el voto de la mujer) y su intervención en el gobierno del pueblo, nos curara de males tan grandes como el alcoholismo, el tabaco, el juego y la prostitución. Estos vicios en el hombre, son los mayores enemigos que van contra la mujer y su felicidad. Y más que el hombre mismo, es la mujer, (el feminismo intelectual en acción) quien ha de combatir esos grandes males, en beneficio propio. Y esto no será el feminismo yendo contra el hombre, sino yendo hacia el hombre...

La mujer intelectual debería estudiar todos los medios para redimir al hombre de la esclavitud de perversos extravíos y atraerlo a una vida honesta y sentimental. Por ejemplo: nléguese la mujer al hombre en todo campo de frivolidad malsana o de perversión. El hombre no puede pasar sin la mujer y la buscará donde sea. Procure el feminismo en acción que, el hombre, sólo pueda encontrar a la mujer en un campo de honestidad y decoro y de afectos delicados y nobles.

La primera campaña de un eficaz feminismo en acción, debería ser la abolición de las casas de tolerancia.

Reivindique el feminismo en acción el fuero de la honestidad y no permita que la mujer sea del hombre sino en matrimonio y por amor.

Si todas las mujeres—buenas y malas—pudieran seguir a una voz una sola

consigna, triunfarían de los hombres negándose a los hombres. Condición inflexible de paz y de rendición sería la del amor lícito creador del hogar y defensor del hogar.

Y si a este triunfo querían dar las mujeres una fuerte garantía, habrían de confabularse contra una cosa banal y pequeña pero que lo corroe todo y que trae perdido al mundo femenino y al mundo entero: habrían de confabularse contra la moda.

Las mujeres, al oírme, seguramente exclaman—hasta muchas de las intelectuales—«¡Imposible!... Ir contra la moda, prescindir de la moda... ¡Imposible!»

Pues yo me atrevo a decir otra cosa y es: que mientras la mujer no vaya contra la moda y no prescinda de la moda, ni se emancipará, ni será intelectual, ni nada!

Acépto toda cooperación femenina en los trabajos de los hombre—industrias, agricultura, administración, transportes... en todo—pero la mujer siempre femenina y siempre por el hogar y para el hogar.

No renuncie jamás la mujer a misión de esposa y de madre y de mujer del hogar, sin perjuicio de toda cooperación en los demás trabajos beneficiosos a la gran familia humana.

Y la mujer del hogar, la mujer-madre, la mujer ordenada, aprovechada y económica, no se pasará el día mirando figurines y correteando tiendas y modistas.

La mujer del hogar usará formas de vestir armonizando lo sencillo con lo pulcro y gracioso, de lo que resultará una moda que siempre estará de moda.

La mujer del hogar demostrará su finura y distinción—no cuando se atenga estrictamente a modelos extravagantes y ridículos—sino cuando ponga un sello personal de buen gusto en la adaptación de nuevos estilos y formas y tocados.

Sepa la mujer de guisos y de labores de costura y de hacer del hogar un nido encantador; y, si piensa que aún tiene que cumplir otra misión más alta, que sepa que esta misión es la de hacer del feminismo una religión de limpieza moral y material y de pudor y de vergüenza.

El hombre—no sé si por naturaleza o por derivación del medio social—es cínico; la mujer—por naturaleza o por tradición, al menos—es pudorosa. El pudor, y no el cinismo, ha de salvar a la Humanidad. Vuelva la mujer (en el feminismo o intelectualismo femenino) por su fuero del pudor y se salvará como mujer salvando su pudor y, como madre que es del hombre, salvará también al hombre.

Pero os confesaré, para final, con ruda franqueza, que no esperaré nada del feminismo mientras lo vea, renegando del amor sentimental y santo, divorciado del hombre o clamando divorcio, y mientras vea a las mujeres esclavas de una falda ridícula y de unos zapatillos idiotas.

Ya no vemos, en las mujeres, rancios y valiosos vestidos bien conservados, ni primorosos bordados caseros, ni caseros encajes... Ni vemos el fino pié asomar tentador y pudoroso bajo una nítida puntilla blanca...

Vemos, indiferentes y hastiados de lo fácil, la descocada postura de una pierna alzada sobre otra mostrando hasta la lliga, o la desnudez sin atractivo, por su

despreocupación, de las mujeres en la playa mostrando las carnes... Y ésta es la moda que trae ruinas materiales y morales y—lo que es peor—la ruina de la mentalidad femenina y del sentimiento femenino.

Y por esto, y en pro de la mujer, hay que ir contra la moda.

* * *

Posiblemente se dirán Vds., las mujeres, que es muy fácil aconsejar todo esto, pero difícil cumplirlo, sobre todo en lo concerniente a prescindir de la moda. ¿Qué mujer se atreverá a salir a la calle hecha un mamarracho o, mejor dicho, a salir sin ir hecha un mamarracho? Se reirán de ella las demás mujeres. Efectivamente sucederá así; nos reímos tontamente, y hasta estúpidamente, de muchas cosas que merecen repeto.

Esto acusa un bajo nivel de cultura contra el que tenemos que combatir y combatimos.

Hay, desgraciadamente, muchas mujeres, que creen que la distinción es salir a la calle vestidas de máscara y con una máscara en la cara de estucado y de pintura.

Se extiende esta calamidad de tal modo que están contagiadas las mujeres más modestas (obreras y vendedoras) y antes les falta para comer que para ir vestidas a la última moda y pintadas y retocadas de tal modo que dá compasión.

Pues yo digo que la señal verdadera de distinción está en la honestidad y en la modestia y en la pulcritud. Una mujer con su cara lavada con agua fresca y con sus ropas interiores bien limpias, aunque lleve un vestido humilde que no sea de moda, vale más que esas mujeres exajeradas en el vestir y pintadas al cromo, que atendiendo a lo exterior, adolecen de desidia interior... Desidia en el cuerpo algunas, a pesar de los rasos llamativos y de los cargantes perfumes... y desidia en su espíritu muchas que, pensando en lujosos figurines, se extravían y pierden la cabeza.

La distinción es afinarse cultivando la mentalidad y el sentimiento; la distinción es la delicadeza de modales, la prudencia y el discreto avisparmiento...

La distinción es talento y preparación, y una mujer verdaderamente distinguida no lo será porque vista a la moda y porque tenga unos modales estudiados, también de moda; será una mujer distinguida por sus modales naturales graciosos y finos, y lo será por su conversación amena, por sus conocimientos de labores, de mujer, de dulces y platos de cocina, de cuidado de flores, de administración y economía casera... Y será más distinguida y exquisita, si a estos méritos puede añadir conocimientos de música, de literatura y de arte en general.

Y bien comprenderéis que todo esto puede conseguirse, más o menos prescindiendo de la distinción aprendida en los mamarrachos de los figurines, que no es distinción ni nada.

Y estaréis pensando quizás: ¿Pero como llevaremos a la práctica el prescindir de la moda?

Yo os lo diré:

Lo primero es que reflexionéis hasta que estéis verdaderamente convencidas del absurdo de la moda. Si no llegáis a convenceros no sois redimibles. La causa

feminista es causa perdida si la mujer sigue poniendo toda su pasión en la literatura figurinesca. Entráis a una librería y sólo se ven figurines, y en las vidrieras figurines y en la calle, no personas, no mujeres de carne y hueso, sino figurines... Figurines que caminan a pasitos estudiados, con movimientos de brazos y de manos estudiados, todo estudiado como verdadero maniqués...

Y cuando, por la reflexión, ya esteis convencidas del absurdo de la moda, ya podreis prescindir de ella, tomando una orientación de sensatez redentora.

Y las mujeres sensatas, en esta ciudad—por ejemplo—deberían asociarse en un «Centro de cultura femenina».

En este centro, sostenido con llevaderas cuotas, podrían reunirse y tener, a la vez que solaz y esparcimiento, instrucción preparatoria de artes y oficios propios de la mujer: cocina, costura, labores de adorno, cuidado de plantas, música y dibujo y, además, las diversas profesiones femeninas, para ganarse el sustento honradamente, que pueden ser muchas, dada la aplicación moderna de la mujer a todos los trabajos.

Este centro, para que fuese más práctico y de fines humanitarios, podría tener asilo maternal, asilo de infancia, asilo de mujeres desorientadas...

Es proverbial—bien lo sabéis todos—que por el lujo se pierden las mujeres. Pues donde dice «lujo» hay que poner «moda», que es el verdadero «lujo». Y si queremos salvar a las mujeres hay que ir contra la moda.

VICENTE MEDINA.

Rosario de Santa Fé (República Argentina).

Gimnasia para niñas

No es necesario esforzarse en demostrar que la educación física es para las muchachas algo importante, por lo menos, como para los muchachos. Y sin embargo, todos sabemos que en muchos planes de estudios se comete la aberración de declarar la gimnasia obligatoria para los niños y no obligatoria, es decir, dejándolo al arbitrio de los padres, para las niñas.

Los padres, por su parte, deberán tener en cuenta la necesidad de atender a la educación física que ha de proporcionar una saludable constitución a sus hijas antes de que sean mujeres, pues entonces los cuidados de la familia y de sus propios hijos les han de impedir, seguramente, atender a estas prácticas de la higiene corporal. Durante los años de juventud que pasa en casa de sus padres, debe y puede tener tiempo la muchacha para cuidar de su robustez corporal; sólo así saldrá de su casa gozando de una sana constitución. Y ya que la indolencia o la falta de ilustración de los padres hacen que muchas veces no se atienda a esta necesidad, es de desear que las autoridades por interés público procuren que las madres de las futuras generaciones de ciudadanos posean una constitución física tan robusta, por lo menos, como la de los muchachos.

Las generaciones de madres débiles destruyen la raza y acaban con la capacidad militar del país, problema este último que debe ser honda preocupación de los gobernantes.

No hay que decir que los ejercicios habrán de modificarse para acomodarlos a las necesidades del organismo femenino, cuidando preferentemente del desarrollo del tórax, raquis y abdomen, y así mismo es necesario que el maestro conozca las fases del desarrollo y la curva de crecimiento de la niña como la del niño. En términos generales, puede decirse que la gimnasia en las niñas no ha de ser por ello mismo sinónima de suavidad y melindre. Siempre es mejor que aburrir a las muchachas con juegos ñoños y sin finalidad, el acostumbrarlas a que hagan una enérgica gimnasia, a base de ejercicios de posición, movimientos libres y respiratorios, carreras y juegos al aire libre. En la edad neutral y en la edad bisexual (de los nueve a los diez años) apenas debe existir diferencias entre las gimnasia de las muchachas y la de los muchachos, y en cuanto a los años que siguen a éstos, téngase en cuenta que las niñas aventajan al principio en desarrollo físico a los niños. Al empezar la pubertad con todos sus fenómenos característicos en la mujer, en una época que varía según las distintas razas y países, es cuando debe empezar a hacerse diferencias [en el plan gimnástico de las muchachas, eligiendo con mucho cuidado los ejercicios, de modo que no sólo desarrollen la fuerza sino la flexibilidad, la agilidad, el sentido de la coordinación y la gracia de los movimientos.

Un cuerpo de mujer flexible, ágil, airoso, es la primera condición para realizar los mayores trabajos, es lo que presta una gracia especial a la hembra en el juego o en el baile, y desde luego aparecerá siempre más bello que un cuerpo débil y lacio, sobre todo en nuestro tiempo en que se dista mucho del ideal de una mujer-muñeca flor de estufa.

Esto no quiere decir que haya que acostumbrar a las muchachas a los ejercicios de fuerza y a la gimnasia de aparatos para que su cuerpo se haga atlético y sus movimientos pesados y angulosos. Por el contrario, la flexibilidad de movimientos es lo primero que hay que atender a esta gimnasia. Esto, y la costumbre de colocarse en buena actitud, dará naturalmente por resultado una buena conformación del tórax, una presencia airosa y una manera de andar elástica y natural.

La musculatura del abdomen y pelvis exige en la mujer cuidados especiales por la importancia de tales partes en las funciones del embarazo y del parto. Se concederá, pues, gran importancia en la gimnasia de posición y de tronco (rotaciones del tronco, inclinación del tronco rígido hacia adelante y extensión activa del espinazo).

La educación especial del paso y de la marcha como se hace en algunas escuelas especiales bajo la iniciativa de Isadora Duncan, merece gran atención, pues una bella manera de andar, no sólo es un gran activo individual, sino que influye mucho sobre la actitud general del cuerpo, y, por tanto, sobre su desarrollo.

Entre el gran número de sistemas de gimnasia femenina me parece el más aceptable el de Demeny, porque el conjunto de movimientos suaves, elásticos y nada enérgicos que este autor preconiza son los más apropiados para el desarro-

llo corporal de la mujer. Dicha serie de movimientos, muy armónicos, muy bien pensados y suavemente progresivos, contribuyen visiblemente a dar gracia y energía a la actitud del cuerpo. Creo sinceramente que tal sistema es en un todo opuesto al que todavía parece estar en predicamento y cuyo ideal es formar la mujer de *sport*, ruda y hombruna. La educación física no debe tender, en ningún modo, a crear un tipo de marimacho, de movimientos pesados y de formas angulosas, sino a formar una mujer robusta y bien desarrollada, pero flexible y femenina en sus movimientos.

Cuanto más se acercan los niños a la edad de la diferenciación natural de los sexos tanto más deben acomodarse los ejercicios al carácter femenino que en lo sucesivo han de tener. La gimnasia especial para las muchachas tendrá tanto de sueco como de los sistemas rítmicos de que antes hemos hablado, pero siempre cuidando de no caer en las exageraciones a que antes aludimos.

Análogos fines y procedimientos presenta el método de Dalcroze, cuyo fin es así mismo la ejecución de movimientos rítmicos, que en este caso son más bien danzas de conjunto, o lo que pudiéramos llamar música gimnástica, medio excelente y muy habitual de educación física, aplicable sobre todo cuando los alumnos pueden disponer de largo tiempo, como sucede con los internados. Para uso de las escuelas sólo debe elegirse en estos sistemas de Demy y Dalcroze aquellos ejercicios en que más rápidamente se alcanza un máximo de utilidad. Sabido es que en todos los sistemas, y principalmente en el sueco, hay una porción de ejercicios que pudiéramos llamar culminantes, porque son los que más directamente alcanzan el fin deseado.

La gimnasia sueca se adapta perfectamente a la educación física de las muchachas. Sus movimientos son poco extensos y por ésto mismo más al alcance de la mujer. En las sociedades de gimnasia alemana para mujeres se practica extensamente el método sueco como una reacción contra las ideas arcaicas que apuntábamos al principio de este capítulo.

Un trabajo reciente de Winter recoge las modernas orientaciones sobre la educación física de las muchachas. Este autor opina que en ningún modo debe limitarse dicha limitación a acostumar a las niñas a las actitudes rebuscadas y a los ejercicios libres sistemáticos en serie inacabable. En cambio, los ejercicios de marcha y carrera deben ser los preferidos y desde luego debe consagrarse una gran parte a los ejercicios al aire libre.

Desde el punto de vista higiénico no podemos estar conformes con el consejo de Winter cuando dice que los ejercicios de apoyo y dominación pueden hacerse desde muy temprana edad. Este autor aconseja que en el quinto año de estudios se hagan ejercicios en la pared de travesaños, carreras y ejercicios en las barras; ésto, a nuestro entender, es un gran error; basta pensar que dichos ejercicios deben hacerse cuando las niñas tienen once años y recordar lo que de ellos hemos dicho anteriormente. Hasta en años posteriores, en el séptimo y octavo de estudios, son tan perjudiciales para las niñas como para los niños todos los ejercicios en barras y paralelas, y aún más adelante siempre serán de una dudosa utilidad.

La hora de gimnasia

Sin entrar en detalles técnicos de cómo debe distribuirse el tiempo dedicado a la gimnasia, daremos a continuación algunas ideas fisiológicas para fundamento de las disposiciones que lo regulen.

Aun cuando todos los ejercicios que pueden verificarse en la hora de la gimnasia se encuentran perfectamente regulados por las disposiciones oficiales y descrito por los libros y monografías, es indudable que la calidad de estos ejercicios que tanto depende de la buena voluntad del maestro, es lo que ha de determinar la utilidad o inutilidad de dicha hora de gimnasia.

No las recomendaciones escritas, sino el buen sentido del maestro para comprenderlas, es lo que ha de ser eficaz y beneficiosa la educación física. La elección de ejercicios, el aparato en que se hagan, tienen mucha menos importancia que la manera como se hacen y la exactitud con que el maestro incita a verificar los movimientos a los alumnos.

Los mejores ejercicios, como son los del tronco, pierden todo su valor cuando se hacen sin atención ni regularidad, siguiendo un ritmo cómodo para desarrollar el menor esfuerzo muscular posible, y en cambio, cuando se hacen de un modo exacto y apropiado a su objeto, sobre todo en lo que se llama gimnasia con resistencia o de Proschek desarrollan intensamente la potencia muscular.

Así, por ejemplo, todo lo conveniente que es guardar un cierto ritmo en los ejercicios de la flexibilidad y de marcha (hasta la música es conveniente entonces), pues así se facilita el trabajo y se da más gracia a los movimientos, es absolutamente perjudicial ejecutar a compás los ejercicios de posición en que lo esencial es consagrar toda la atención al esfuerzo muscular consciente.

Así también, en los niños pequeños de primero y segundo años en que todavía falta el sentido de la coordinación, es conveniente hacer que canten y ejecuten movimientos rítmicos y complicados a través de la música en los jardines de la infancia, y en cambio en los niños mayores, en que hay que pensar sobre todo en una actitud erguida sólida, sería un error someter sus ejercicios a un cierto ritmo, quitándolos con ello toda su eficacia. La falta de profesor en este caso será tanto mayor cuanto más diversos sean los ejercicios que se hacen en cada grupo de niños. Actuando a compás los alumnos moverán los brazos y sus piernas como péndulos, y los movimientos del tronco serán del todo contraproducentes. El profesor debe, por el contrario, tener a cada niño bajo su mano, dispuesto a seguir exactamente sus voces de mando para acomodar a ella sus movimientos.

Otro vicio todavía más corriente en las escuelas alemanas es el repetir un mismo ejercicios innumerables veces. Una de las ventajas que encuentro al método sueco, tal como lo he visto practicar en la escuela de aquel país, es que cada ejercicio sólo se repiten algunas veces y que éstos alternan mucho entre sí, de modo que durante la sesión de gimnasia vuelve a repetirse cada serie algunas veces. Esto es mucho más apropiado para el espíritu infantil.

Para los niños resulta menos fatigoso y aburrido el hacer muchos ejercicios distintos dentro de un vasto repertorio, que en pasar la hora de gimnasia consa-

grados a uno solo o muy pocos ejercicios. Claro que esto último es más cómodo para el maestro.

La distribución y plan de la hora de gimnasia en las escuelas suecas se encuentra estudiada con mucha precisión y cariño. Las series de ejercicios diarios que aconsejan realizar diferentes autores se encuentran dispuestas, no sólo atendiendo a la fisiología del cuerpo, sino a evitar que se produzcan fenómenos de fatiga, eligiendo los ejercicios de modo que los de mayor esfuerzo vengan a realizarse hacia la mitad de la sesión, y en cambio los más ligeros se hagan al final a manera de descanso progresivo del corazón y respiración.

En todas partes se tropieza con la indolencia de los maestros haciendo fracasar los planes mejor elaborados; prueba de ello es el hecho que me comunicó un bachiller de Copenhague, de que en una escuela superior de su país habían hecho durante todo un semestre los mismos ejercicios en todas las sesiones, que eran cuatro de una hora por semana. No hay que decir que con ello los alumnos perdían la afición y el gusto al trabajo gimnástico.

Lo mejor de todo es que el maestro tome parte también en los ejercicios ejecutándolos con afición y por interés propio, con lo cual se desterrará de muchas escuelas muchos vicios de régimen que sólo conducen al esfuerzo innecesario y a la pedantería.

Entre el maestro y el discípulo debe haber una íntima relación en cuanto atañe a educación física. Esto es tan importante que con mucha razón los reglamentos de enseñanza austriacos exigen que el grado de instrucción del profesor de gimnasia corresponda al de estudio de sus alumnos; así, por ejemplo, a los profesores de gimnasia en segunda enseñanza no pueden encomendárseles más que lo de segunda enseñanza. También en Dinamarca ha propuesto Kundsén que a los profesores de gimnasia para segunda enseñanza o elementales, se les exija además otra serie de conocimientos con objeto de colocarlos a una cierta altura, tanto social como oficial, comparable a la de los maestros, y de este modo poder estar más en contacto con sus alumnos. «Los niños tienen una gran capacidad de observación, y sobre todo, una aguda perspicacia para descubrir el lado visible o los defectos de sus maestros. Pero también saben reconocer y recordar más adelante, a quién deben reverencia y respeto por lo útil y profundo de sus enseñanzas» (*Toerngren*).

La causa de que con tanta frecuencia se encuentren desiertos los terrenos de juegos o las salas de gimnasia, es casi siempre la poca ilustración y el poco tacto de los profesores de educación física. Las intemperancias y violencias por parte del maestro, nunca están injustificadas, y tarde o temprano se nota en el número de discípulos. El desorden, el mal humor latente y el poco respeto por parte de los alumnos, son siempre debidos a una falta de energía de profesor. «Las bromas y chanzas de los alumnos deben ser orientadas en buen sentido, pero nunca impedidas férreamente» (*Ling*).

Duración de la sesión de gimnasia.—Si bien en la mayoría de los países se encuentra reglamentado el tiempo que debe dedicarse a la gimnasia y la hora a que debe hacerse; es tendencia general la de procurar y aconsejar que la sesión dure todavía más de lo que es corriente. En lugar de las dos horas que antes se

exigían, está mandado en Prusia actualmente que se hagan tres, además de los intervalos de diez minutos dedicados a ejercicios. Pero aún es poco ésto. *Una hora diaria de gimnasia es lo menos que puede exigirse como norma para la educación física de la juventud.*

Apresurémonos a decir que esto es el mínimum de lo que es dable exigir. El ideal a que deben tender los médicos, los maestros y todos los amigos de los niños, es: «la mañana para el alma, la tarde para el cuerpo», (*Hartwich*, 1880).

Hemos dicho en otra parte que la enseñanza por la tarde rinde pocos resultados educativos. Los niños se encuentran menos dispuestos en plena digestión a la actividad mental e instintivamente huyen del esfuerzo psíquico por su falta de atención.

Tampoco tiene objeto intercalar entre los estudios sesiones de gimnasia no menos fatigosas. El ejercicio físico, enérgico y bien llevado a cabo, fatiga del cuerpo tanto más cuanto más a conciencia se realiza, y este cansancio se une al psíquico. Nuestros métodos no nos permiten, en efecto, marcar las diferencias que haya entre ambas formas de la fatiga (*Hueppe*).

Otra cosa es cuando en los estudios se intercalan cortos ratos dedicados a ejercicios (diez minutos según la costumbre establecida) o, como se hacen en las escuelas del Norte, cuando sin salir del local de la escuela hacen los niños, aun de las primeras clases, algunos ejercicios sencillos, como descanso de la labor pedagógica en cuanto el maestro nota que la atención de los discípulos recae. Estos ejercicios no pueden consumir más de cinco minutos, y en todo caso no deben durar más de diez. En este último caso deberán estar los niños después al aire libre; y si la temperatura lo permite, también deberán hacerse dichos ejercicios al aire libre, ventilando al mismo tiempo el local de la escuela. Cuando se hagan sin salir de la escuela deberán abrirse por lo menos una o dos ventanas. Los niños soportan fácilmente el cambio de temperatura cuando hacen movimientos vivos y aun las corrientes de aire frío no son peligrosas mientras el niño trabaja.

De este modo pueden hacer varios intervalos de estos diez minutos, pero siempre sin que este tiempo se reste del de recreo o descanso.

En las escuelas suecas se encuentran las cosas dispuestas de otra manera. Allí el maestro hace los ejercicios cuando nota que los niños se cansan, *en lugar del estudio*; en cambio en Alemania hacen los niños la gimnasia *en lugar* del recreo acortando el intervalo que ha de destinarse al reposo intelectual, con lo cual no ganan en afición a la gimnasia ni se aprovechan de las enseñanzas sucesivas. No hay, pues, que disminuir el descanso, sino *interpol*ar el ejercicio en la sesión de estudios. Esta forma de hacer gimnasia, muy bien descrita por Schmidt en su «Gimnástica en las escuelas públicas de Suecia», podría implantarse muy bien en nuestras escuelas de párvulos, con sólo que nuestros maestros tuvieran la precisa educación y se quisieran tomar el trabajo necesario, lo cual no es fácil que suceda mientras la superioridad no lo ordene.

La hora dedicada especialmente a la gimnasia será desde luego por la tarde, dejando que el maestro, si es ilustrado, emplee este tiempo como quiera. El sabrá disponer, cuando el tiempo sea malo, que los alumnos ocupen la hora en

ejercicios de posición y de tronco, y cuando el tiempo sea bueno, lo consagrará a sanos ejercicios de atletismo o les dejará que jueguen libremente como medio más natural de desarrollar activamente el corazón, los pulmones y el sistema nervioso.

H. SPITZY

Las pasiones en la infancia

a) El niño está sometido a multitud de sensaciones que le llevan y le inclinan rápidamente de uno a otro lado, sin hallar quietud en ninguna parte; estos movimientos, unidos algunas veces a una voluntariedad exagerada, han sido considerados como verdaderas pasiones; no lo son. La pasión es un movimiento desordenado del alma, y este desorden no existe reflexivamente en el niño.

En la infancia, las pasiones tienen poca intensidad; la *envidia* es la más acentuada.

b) El *placer* o la *alegría* y el *enfado* o la *cólera* constituyen el fundamento de las pasiones infantiles. Cuando la razón se desarrolla en el niño, el placer se torna en consciente alegría, aumenta el deseo de preferencias y de caricias, y entonces puede caer en la envidia; también la *cólera* es frecuente en la infancia; ocurre en ella por el furor que de él se apodera cuando se le contraría.

c) La *cólera* muchas veces resulta legítima, porque se encamina a resistir cuanto va contra nuestra naturaleza.

Las impetuosidades pasionales en la infancia demuestran carácter enérgico y franco, voluntad entera y firme. La educación debe hacer que no lleguen a la *terquedad* y *obstinación*.

¿Deben proscribirse o deben educarse las pasiones?

a) Las pasiones son fuerzas *vivas* cuyos efectos dependerán de la manera que se dirijan. Un corazón que por nada se mueve ni a nada responda, la *impasibilidad* para todo, no podría ser educado. Las pasiones deben dirigirse, ordenarse, no destruirse; el amor es base de la familia, la codicia lo es de la emulación para el bien; la avaricia se convierte en prudente ahorro, etc.

b) Las pasiones en el orden social proporcionan grandes ventajas; la amistad, el heroísmo, el sacrificio, el patriotismo, lo prueban, y en el orden religioso, díganlo el martirio y la predicación de la fé entre los infieles, etcétera.

c) La moral sana y reflexiva nos dice que las pasiones deben reprimirse y dominarse por la voluntad cuando van por mal camino, y deben mantenerse ordenadas cuando se dirigen al bien; las amputaciones solamente se practican cuando la ciencia no ve otro medio de curación, y aun entonces, secciona la menor cantidad, la indispensable.

Las pasiones se nos presentan como unos sentimientos desordenados que

turban nuestro entendimiento, modifican el corazón y dominan la voluntad. Suponen, no sólo inclinación vehemente hacia un objeto bueno o malo que nos halaga, sino que, además, supone su existencia, la de grandes dificultades que impiden o retrasan la consecución de lo que apetecemos; y cuando el espíritu se encuentra lejos del objeto que apetece con ardimiento, cuando halla la distancia que separa ambos términos salpicada de obstáculos, cubierta de peligros o entorpecida por inconvenientes lucha contra todos e intenta vencerlos para llegar a su anhelado término; mas esta lucha le excita, le enardece, le perturba, al mismo tiempo que le ofusca y le hace sufrir.

La acción de las pasiones desordenadas perjudica notablemente todas las facultades de nuestra alma; comienza por dejar sentir sus efectos sobre el corazón, manera lógica para que, sobreponiéndose éste a la cabeza, o sea el sentimiento a la razón, entorpezca las funciones del pensamiento, con cuyo motivo las cosas no son vistas en lo que realmente tienen, se incurre en el error, y cuando al mandar el sentimiento la razón no guía, el egoísmo impera y nos dejamos arrastrar por un exarcebado frenesí que nos devora.

Las pasiones mortifican el corazón y son causa de un verdadero martirio que envenena nuestra existencia; la privación del objeto deseado ya nos atormenta, y los obstáculos que necesitamos vencer para conseguirlo hacen que en el término de la obra encontremos no pocos desengaños, porque la imaginación vió en sus ensueños lo que realmente no había, y entonces el ridículo, la desesperación o la vergüenza aumentan el tormento.

Añadiendo a lo dicho que la pasión, como irreflexiva, suele ser despótica, manda a nuestra voluntad según medida de su antojo, convirtiéndola en esclava de sus desenfrenos, cuando debiera ser dueña de sus mandatos.

Algunos tratadistas han confundido el sentimiento con la pasión, y estos dos términos con las emociones; pero, en realidad, se distinguen por la pasión, en la acepción propia de la palabra, expresa los afectos del egoísmo, que se sobreponen al cumplimiento del deber, mientras que el sentimiento significa directamente la situación desinteresada, pura y tranquila de nuestra alma, que dentro de la moral sigue las prescripciones de la razón. No puede tampoco la razón confundirse con las emociones, porque aquella es persistente, continua, frías, y éstas, fugaces y ardientes; aquélla sufre interminencias de tranquilidad y agitación, descanso y pesar, mientras que las segundas no experimentan alternativas; la pasión suele ser pobre, envilecida y bastarda en su origen, grosera en sus manifestaciones, y las emociones suelen ser generosas y nobles, apacible y de entereza; aquélla, por fin, nos deja siendo responsables de nuestros actos, y las emociones dan lugar a que no nos sean imputables los hechos que ejecutamos bajo su sequedad y fatalismo, porque obscurecen nuestro libre albedrío.

Para su más fácil conocimiento, pueden presentarse las pasiones en una sencilla clasificación, fundada en el interés que aquellas revisten y atendiendo al objeto que principalmente persigue.

Si el objeto apetecido interesa sólo a nuestro cuerpo, como sucede con la gula, embriaguez, pereza, lujuria, etc., se designan con el nombre de *sensuales*.

Afectando únicamente al interés egoísta que satisface las inclinaciones desor-

denadas de nuestra alma, como la vanidad, la soberbia, el orgullo, ect., se califican con el dictado de *espirituales*.

Por último, viendo que el particular interés de las pasiones se refiere directamente a la persona, como sucede a la envidia, el odio, la superstición, el fanatismo, la ambición, los celos, la venganza, etc., se dice que las pasiones son *personales*; más concreto, son las pasiones *sensuales, espirituales o personales*, según satisfagan afectos del cuerpo, del alma o del hombre como compuesto de ambos. Las pasiones que generalmente más nos degradan son las del primer grupo; las más refinadas, las del segundo, y las del tercero, las que pudiéramos decir más humanas.

Aunque aparecen señaladas como formas humillantes para nuestro ser, no se entiende por esto que las condenamos; señalamos, sí, sus excesos para dar a entender que la educación no puede permanecer indiferente ante ellas, porque si bien como *abusos* no son tolerables, no pueden dejar de aceptarse como apetitos propios de nuestra naturaleza, a la que, bien educadas, pueden reportar considerables beneficios.

Algunos presentan las pasiones como innatas, otros afirman ser adquiridas, nosotros no las creemos dón del cielo, porque esta doctrina, ante la filosofía y educación, resulta absurda y es peligrosa. La Naturaleza no pone en parte alguna elementos desordenados, y Dios no dispuso tampoco en nuestro ser un constante enemigo de la tranquilidad, del tino y del equilibrio que nos exige en nuestra vida racional. La creencia de que son adquiridas impide que se haga de ellas un mal patrimonio de la humanidad y rompe los lazos con que el fatalismo quiere ligarnos al pesado yugo del vicio. La natural en el hombre es extralimitarse y contenerse, aprovechar sus buenas inclinaciones, extirpar de raíz los gérmenes de las nocivas, para que viéndonos libres de sus impulsos, no caigamos en delirios, no pretendamos utopías y no nos veamos arrastrados por funestas aberraciones.

Nuestros sentimientos pueden convertirse en verdaderas pasiones si no son dirigidos; pero como el sentimiento debe actuar sujeto a los dictados de la razón, nunca podrá oponerse al orden ni a la justicia, ni tampoco permitirá que el interés de una pasión se armonice con las exigencias del deber y de la moral. Por esto se comprenderá fácilmente que no pueden degenerar en pasiones los sentimientos hacia la familia, la caridad, el trabajo, la patria, la ciencia, la religión, etcétera, a no ser que la torpeza de una mala educación cambie su natural esencia.

La vida humana debe ser racional, y las pasiones se oponen a este fin; aquélla es perfectible y la pasión la degrada y envilece; tiende a la felicidad, y la pasión la hace desgraciada. De esto deducimos que es necesario prevenir y sofocar las pasiones, si no hubo medio de una educación moral, de una ilustración sana y de una vida morigerada.

Aparecen las pasiones íntimamente relacionadas con nuestra voluntad, sobre la que influyen haciéndonos más fuertes, aumentando sus dominios y llevándonos muchas veces, dominados por su impulso, al arrebató y al fanatismo, cuyas deplorables consecuencias hacen más imperioso el deber que quien educa tiene de desarraigarlas en cuanto perniciosas y arrojarlas del alma.

Principales causas que dificultan la mejora de la raza

Por el DR. JULIO MARIANO LARRUY

El día en que los padres se den plena cuenta de los perjuicios ulteriores que a sus hijos ocasionan con tales templanzas de carácter, divisaremos un rayo de esperanza por lo que se refiere a la pretendida regeneración española. Mientras esto llega, caminaremos a ciegas y seguirá imperando esa defectuosa educación que esteriliza notablemente los cerebros en formación de los hombres del mañana.

Fenelón condensaba estas debilidades de las madres en estas palabras: «¿Qué será de los niños que han de formar todo el linaje humano si las madres les miman en sus primeros años? Los desórdenes de los hombres proceden casi siempre de la mala educación que de la madre recibieron». Concepto que resume en pocas líneas cuanto llevamos dicho.

El niño llega a la escuela primario soberano de sus actos y dueño de su voluntad no corregida. Al encontrarse en un medio ambiente que desconoce, fuera del poder autoritario que ejerce en el hogar paterno y teniéndose que someter a una rigurosa disciplina, se rebela y abomina al maestro, que pacientemente trata de corregir sus defectos y vencer los obstáculos que su mala educación exige. Para el párvulo constituye un martirio ir al colegio; apenas se acerca la hora de entrar en él, se desbordan sus ímpetus y terminan por un llanto rabioso. Ni palabras cariñosas de la madre, ni voces autoritarias del padre, son capaces de persuadir al niño. Marcha a la escuela obligado, contra su voluntad, cobrándole horror y antipatía a lo que en sí debiera considerar como natural, obligatorio y agradable. Una vez en ella, no presta atención a las explicaciones del maestro; distrae a sus compañeros de sección, viniendo a constituirse, en una palabra, como perturbador de la clase. Se adueña de él esa inestabilidad hostil que debemos diferenciar de la que presentan los verdaderos inestables, ya que en aquellos es transitoria, y en éstos requiere un tratamiento especial, puesto que entran de lleno en el cuadro de los anormales.

Es como sólo a fuerza de mucha paciencia y no menos constancia (y esto lo saben muy bien los maestros) se consigue que estos discoloros—nombre que creemos más apropiado—se aclimaten a la disciplina escolar y lleguen con el tiempo, no corto algunas veces, a trocar su inestabilidad accidental por una atención y aplicación manifiestas. Siempre de este grupo de niños se tendrá a la larga que separar un número reducido de verdaderos inestables, que se someterá a enseñanza especial. No cabe en los límites de este trabajo abordar el problema de los anormales. Dejamos este tema para ulteriores artículos.

Este período escolar no ofrece, fuera de lo anteriormente expuesto, ningún otro punto sobre el que sea necesario hacer hincapié. Vencida la voluntad del niño, se someterá gustoso al régimen interno de los colegios. Una vez iniciada su aplicación, se revelará la aptitud del escolar, su grado de concepción, su memo-

ria, sus inclinaciones, colocándole en condiciones de seguir un oficio determinado o ingresar en los Institutos y escuelas especiales.

Es precisamente en estos centros donde verdaderamente empieza a peligrar la moral del niño. Su cerebro, en plena madurez, no es capaz para deslindar las buenas acciones de las malas. Obligado a vivir en continua camaradería, en la que forzosamente existe mezcolanza de instintos y sentimientos, sufre los primeros embates del ambiente perturbador. Adquirida ya cierta libertad personal, puesto que va solo y solo regresa de sus clases sin que a sus deudos les importe la mayor o menor distancia que medie entre su casa y el centro docente; imitando, si es débil, lo bueno y malo que en otros compañeros observa, está al corriente, apenas en los linderos de su pubertad, de todo lo cenagoso que encierra la vida de las grandes urbes. Por este motivo, aquella inocencia y candor genuinas características de la infancia, desaparecen con demasiada rapidez dando paso en su imaginación a ideas perversas y corruptoras de su espíritu. Fuma a los 12 años; hace alardes de hombre cuando apenas si es púber; créese documentado para intervenir en conversaciones de personas mayores y llega en ocasiones a emitir su criterio; abomina el juego y distracciones propias de su edad; adquiere aires de gravedad que no encajan en su persona y germinan en su cerebro lentamente, como la gota continua de agua que socava la roca, ideas malsanas y costumbres licenciosas que con los años estallarán impetuosas.

Con estos malos hábitos y funestos prejuicios, llega nuestro bachiller a las Universidades. Y aquí, sintiéndose más hombre, más definidor de su conciencia, más dueño de sus actos, termina de modelar su autónoma voluntad. Los defectos adquieren mayor preponderancia, y las pasiones, hasta tiempo reprimidas, se desbordan. Son estos nuestros jóvenes de 17 a 18 años, que no se recatan en sostener en público, en teatros, tranvías y paseos, conversaciones de color que pugnan con la moral más austera y atentán contra el pudor de las gentes honradas.

Véase por este rápido boceto cómo crecen y se *educan* los pretendidos regeneradores de la raza (?).

Si a estos constantes enemigos que les rodean añadimos los daños ocasionados por esa nunca bastante combatida pornografía, que representada por libros y folletos obscenos del más burdo valor literario encaminan a niños y jóvenes por los senderos del vicio, se argüirá en nuestro favor que mal podemos soñar, hoy por hoy, en un verdadero porvenir patrio. Es rigurosamente cierto que nuestras grandes agrupaciones de gente joven degeneran a pesar del empeño que ponen en negarlo un puñado de ilusos. El ambiente que nos rodea huele a cadaverina, merced a las impurezas que lo saturan. Y es nuestra culpa, porque a su tiempo no se implantaron procedimientos enérgicos, únicos que hubieran cortado de raíz los primeros conatos de desmoralización.

Bueno será que señalemos también las enseñanzas funestas del tan en moda cinematógrafo. La proyección de sus cintas es un latigazo para los impresionables cerebros de los niños. Perturban sus sentidos y mancillan su inteligencia. Admiran con deleites escenas terroríficas, dramas pasionales y crímenes repugnantes.

Debemos en gran parte al cine contemporáneo las más variadas formas románticas de nuestras jovencitas, que ávidas algunas de imitar lo que en la panta-

lla vieron, créense encarnar a maravilla el tipo de la protagonista, y como ésta, sufren accesos de amor, de celos y de odio, conforme lo requiere la trama del asunto desarrollado. Llegan a veces, en un paroxismo de imitación, al suicidio, como aconteció en un caso presentado a la Sociedad Pediátrica Española y que fué motivo para la promulgación de una ley, que todavía rige, de previa censura de películas.

No menos perniciosas huellas deja el cinematógrafo en los cerebros indelebiles de los niños, parodiando en sus juegos tal o cual hazaña que se exhibió en el blanco lienzo.

Aquellos que se interesen por todos estos problemas infantiles habrán podido leer con inusitada frecuencia en la prensa diaria suicidios de jóvenes, y bandas magistrálmemente organizadas de pequeños ladrones y bandoleros, en las que tanto el jefe como subordinados obraban influenciados por las fatales enseñanzas del cinematógrafo.

Las proporciones aterradoras que va adquiriendo el vicio grosero de tomar morfina y absorber cocaína en busca de gozes y sensaciones fugaces que estas drogas producen, marca otro eslabón de los muchos que forman la cadena de nuestra decadencia física y moral. Hemos podido comprobar la desaprensión de algunos pequeños industriales que expenden al público estos productos sin prescripción facultativa. Los que acuden a estos sitios siempre son los mismos. Hombres y mujeres, más mujeres que hombres, que cotidianamente van por su gramo de morfina o cocaína. No hablan apenas, porque los que les despachan los conocen sobradamente y les sirven cuanto antes. Es así como se intoxican estos desgraciados seres, que con el tiempo mueren con un rictus de amargura, con la esperanza de que su sueño eterno no ha de ser sino uno un poco más largo que aquellos otros obtenidos a fuerza de narcótico...

* * *

Otro foco de corrupción lo constituyen los numerosos *cabarets* y *musichalls* que funcionan. En unos y otros se da culto a una relajada moral, con exhibiciones obscenas, vocabulario soez y repugnante y actitudes cínicas y desvergonzadas. Obrán éstas como latigazos de lujuria para nuestros jóvenes no mayores de edad, y fascinados como alondras por los espejuelos del reclamo, acuden a esos antros, permitidos a ciencia y paciencia de nuestras autoridades.

Es casi todos funciona una bien montada sala de juegos de azar (bacarrat, ruleta, montes) y a los que sin miramiento alguno se permite la entrada a todo el mundo, sin reparar en edad ni condición. Estas salas—antesalas del crimen debiéramos llamarlas—despiertan estímulos que hasta antonces permanecieron dormidos y es así como encontramos el origen de muchos después empedernidos jugadores, que sin voluntad para desprenderse del vicio arraigado son, como hombres maduros, baldón de familias honradas y prototipo de esposos tiranos.

Forman estos centros la cuna de apetitos sexuales por antonomasia, pues enervados los instintos por cuadros plásticos demasiado a lo vivo, canciones picarescas y de doble sentido y otras procacidades de la misma ralea, resulta difícil reprimirlos guardando la cordura que en tales condiciones se requiere. En estos

espectáculos indecoros y el vicio no encuentra trabas, desbordándose pasiones y apagándose sentimientos puros.

El cuadro desolador de enfermedades venéreas encuentra en estos lugares una de las fuentes más abundantes de iniciación, y algunas veces de diseminación. Mujeres que por llevar el calificativo de artistas (y nosotros preguntamos: ¿artistas, de qué?) no son sometidas a un verdadero reconocimiento médico, ignorantes de buena fe, algunas de ellas, del mal que rufren, propagan su enfermedad a manos llenas. Infectan a jóvenes que blenorragicos y sífilíticos se recatan por pudor, siempre vituperables, de consultar a su médico su dolencia, pasando, por este mal entendido abandono, a la categoría de enfermos crónicos e incurables.

Y lo verdaderamente triste y grotesco del caso es que algunos desgraciados hacen ostentación de su dolencia pregonándola descaradamente, como el bautismo de sangre de sus primeras correrías por los templos de Venus.

Porque todavía albergamos en nuestro pensamiento restos de excesivo respeto y delicadeza, es por lo que no abordamos la segunda parte del problema, que, tanto como la primera, influye en la regeneración de la raza. Nos referimos a la actual educación de nuestras jovencitas. El más lerdo observador en estos problemas educativos se habrá podido dar cuenta del cúmulo de defectos y tonterías que entraña su educación, por todos conceptos equivocada. Gestos procaeces, actitudes hombrunas, insistencia en llamar la atención, coquetería incipiente y patente descoco. Tales son sus características.

Por ello no todas las censuras han de recaer en los jóvenes. Si bien estamos convencidos de que contribuyen en gran manera a la decadencia manifiesta de nuestra España, no olvidemos la parte no despreciable que corresponde a nuestras jóvenes.

Y si en todos los ensayos médico-sociales la veracidad ha de ser norma que guíe los juicios en ocasiones descartados por reales, corramos un tupido velo con que disimular defectos y suavizar asperezas.

No hemos abarcado, ni con mucho, todos los puntos que más directamente se relacionan con el decaimiento evidente de nuestra raza. Faltan bastantes, como al principio de este ensayo decíamos. Los médicos resultan ineficaces, quizá insuficientes, para remediar este final desastroso. En mal hora esa supina ignorancia que socava y destruye los novísimos principios de ciudadanía que antaño caracterizaron la austera rectitud de nuestros hombres; gestas gloriosas que desaparecieron y que no volveremos a presenciar, con harto dolor de nuestro corazón.

Damos fin a nuestro desordenado esbozo higiénicosocial, más bien pudiéramos llamarlo de verdadera etnocultura hispánica, como muy acertadamente lo considera Martínez Vargas. Implacables, hemos querido presentar a golpe limpio de buril los vicios y defectos que perturban los cerebros en formación de nuestras juventudes.

Bueno será que nos dejemos de lamentaciones pueriles, para prestar nuestro desinteresado concurso en favor de ese cambio que todos anhelamos. Sin una máxima dosis de civismo (que no se prodiga) y una no menor de energía colectiva, jamás llegaremos a ver consolidada en España una política sanitaria perfecta. Todo lo demás se limitará a tanteos infructuosos; meros proyectos de reforma,

que faltos de un ambiente propicio no medrarán e irán a reposar el sueño eterno de los justos, junto con otros que se iniciaron sin resultado alguno.

Esa sangría anual de cerca 200.000 niños menores de 5 años que sufre España debe concentrar nuestro principal punto de mira. Considérense los ríos de millones que desaparecen; los brazos que se pierden para nuestras industrias; los cerebros que se malogran para todas las ramas del saber humano. Más de la mitad de estas vidas se rescatarían si variaran ancestrales doctrinas en las que descansa la antigua higiene; siguiendo los nuevos horizontes que nos brinda la presente, daríamos un poderoso avance. ¡Ah! Pero esto supondría un cambio brusco para aquellos que fustigan lo moderno y viven aferrados a ideas de siglos pretéritos. Para los que así piensan, no cabe innovación posible, símbolo de reivindicación futura. Doctrinas antiguas cristalizaron sus cerebros, torpes e insensibles hoy, a toda corriente de progreso. Tomen estos ciudadanos buena nota de nuestras palabras, ya que lo consideramos como principales entorpecedores de nuestros anhelos. Procuren desterrar convencionalismos arraigados por herencia y formen legión con todos los que denodadamente luchan por una regeneración florida de nuestra patria. Renazca ese civismo que parece aletargado; háganse cumplir leyes que parecen olvidadas y fórmese esa trabazón íntima para realizar en masa un esfuerzo supremo. Despreciemos contrariedades que, a no dudar, encontraremos en nuestro camino; y atentos sólo al noble ideal que perseguimos, afrontemos con gallardía las amargas de nuestra empresa. Y cuando canas nuestras cabezas y torpes nuestros pasos, por el imperio soberano de los años, lleguemos a recoger los primeros frutos sazonados de nuestros desvelos, se estremecerán nuestros corazones caducos con el mismo entusiasmo con que ahora lo hacen al pensar que el futuro porvenir de nuestra patria depende de nuestro mejoramiento de costumbres y de un grado más elevado de ciudadanía que hoy por hoy no poseemos. Y un orgullo interno avivará los pocos años de vida que nos resten, pensando que la mudanza se debió en parte a nosotros, a los que dejamos jirones de nuestra existencia por asegurar la de los que tenían que heredar nuestras haciendas. Y muy ingratos habían de ser para con los pobres viejos del mañana, que allá en sus mocedades aguantaron vejaciones y desengaños por crear su felicidad, si no tenían para con ellos un poco de cariño y agradecimiento con que recompensarles lo mucho que lucharon por el engrandecimiento de su querida España.

Valencia.

